

SOBRE EL TRABAJO

SIMONE WEIL

SOBRE EL TRABAJO

TEXTOS ESCOGIDOS

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Títulos originales:
«Le capital et l'ouvrier»,
«La rationalisation», «Expérience de la vie d'usine»,
«Condition première d'un travail non servile»,
«Le Déracinement» (fragmento) y «L'Enracinement» (fragmento)

© de la traducción, Luis González Castro, 2025
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: mayo de 2025

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-129857-2-6
Depósito legal: C-424-2025

ÍNDICE

Prólogo del editor	9
SOBRE EL TRABAJO	15
El capital y el obrero	17
La racionalización	23
Experiencia de la vida en la fábrica	53
Condición primera de un trabajo no servil	83
El desarraigo del trabajador	103
La aceptación del trabajo	173
Cronología	183

PRÓLOGO DEL EDITOR

Todo el mundo repite, con términos ligeramente distintos, que sufrimos un desequilibrio debido al desarrollo meramente material de la técnica. Tal desequilibrio solo puede corregirse mediante un desarrollo espiritual en el mismo ámbito, es decir, el ámbito del trabajo.

[...]

Una civilización constituida por una espiritualidad del trabajo supondría el grado más elevado de arraigo del hombre en el universo, y, por consiguiente, lo opuesto al estado en que nos encontramos, consistente en un desarraigo casi total.

SIMONE WEIL, *Echar raíces*

Presentamos en este volumen una selección de los escritos que Simone Weil dedicó a la cuestión del trabajo y la condición del trabajador. El libro traza un recorrido por el pensamiento de la autora sobre el asunto, desde sus primeros contactos con el sindicalismo y el mundo obrero hasta sus últimos textos escritos en Londres e imbuidos de una espiritualidad cristiana, pasando por su experiencia en carne propia de las duras condiciones del trabajo en las fábricas.

Desde muy joven, como ella misma cuenta, Weil se sintió conmovida por las injusticias sociales y por la suerte de los desheredados. Pronto entró en contacto con los círculos de izquierdas y ya desde 1928, año en que comenzó sus estudios en la École Normale Supérieure, participó en actividades sindicalistas y en la educación de los obreros.

Fruto de esa actividad es el primero de los textos aquí incluidos, «El obrero y el capital», síntesis de un curso que la autora imparte en la Bolsa del Trabajo de Saint-Étienne en 1932, un año después de haber aprobado las oposiciones y haber sido nombrada profesora del liceo de Le Puy-en-Velay.

Pero Weil no se da por satisfecha con el conocimiento teórico de la explotación de la clase trabajadora. En 1934, tras haber ejercido la docencia durante tres años como profesora de filosofía en varios institutos, solicita una excedencia con la intención de trabajar en las fábricas, para conocer de primera mano la condición de los obreros. En la solicitud de dicha excedencia escribe:

Desearía preparar una tesis de filosofía sobre la relación de la técnica moderna, base de la gran industria, con los aspectos esenciales de nuestra civilización, es decir, con nuestra organización social, por un lado, y con nuestra cultura, por otro.¹

1. S. Pétrement, *La vie de Simone Weil*, Fayard, París, 1997.

La autora es más clara respecto a sus verdaderas intenciones en una carta que envía poco después a una de sus antiguas alumnas, Simone Gibert, a quien le dice: «He tomado una excedencia de un año para [...] entrar un poco en contacto con la famosa *vida real*».² Y a su amiga Albertine Thévenon le escribirá posteriormente:

Cuando pienso que los grandes dirigentes bolcheviques pretendían crear una clase obrera *libre* y que probablemente ninguno de ellos —Trotski seguro que no, y creo que Lenin tampoco— había puesto un pie en una fábrica, y que, en consecuencia, ninguno tenía la menor idea de las condiciones reales que determinan la servidumbre o la libertad de los trabajadores, la política me parece una broma siniestra.³

En diciembre de 1934 Weil comienza su empleo como troqueladora en la fábrica de Alsthom en la calle Lecourbe, en París, donde trabajará hasta abril de 1935. Tras ello, desempeñará el oficio de embaladora en los establecimientos de J.-J. Carnaud et Forges de Basse-Indre (en Boulogne-Billancourt) y, finalmente, el de fre-sadora en las fábricas Renault, hasta agosto de ese mismo año. Su mala salud le impide entonces continuar con

2. *Ibid.*

3. En una carta de enero de 1935, incluida en S. Weil, *La Condition ouvrière*, Gallimard, París, 1951.

el trabajo fabril, de modo que tras un viaje a Portugal retoma en octubre la docencia, en el liceo de Bourges.

Esa experiencia del trabajo fabril, de la opresión, el hastío, la fatiga, la degradación física y mental, el miedo al despido y el desempleo, quedará reflejada en los siguientes textos incluidos en la presente antología: «La racionalización», conferencia pronunciada por la autora ante un grupo de obreros el 23 de febrero de 1937; «Experiencia de la vida en la fábrica», escrito comenzado a principios de 1936 y concluido en 1941 en Marsella —adonde Weil se había trasladado con su familia tras la caída de Francia en manos del nazismo—; y «Condición primera de un trabajo no servil», texto redactado en el mismo lugar entre 1941 y 1942 y claramente imbuido ya de la espiritualidad cristiana característica de la autora en sus últimos años.

La obra se cierra con «El desarraigo del trabajador» y «La aceptación del trabajo», dos extractos de *Echar raíces*, obra que data de 1943, cuando Weil, tras dejar Francia, ha llegado ya a Londres para sumarse a la Resistencia francesa, liderada por el gobierno en el exilio del general Charles de Gaulle. Allí trabaja como redactora para France Libre hasta que, decepcionada con la organización, la abandona en el mes de julio, después de haber sido diagnosticada de tuberculosis y hospitalizada. Su salud empeora entonces rápidamente y, tras ingresar en un sanatorio de Ashford, fallece el 24 de agosto, a la edad de 34 años.

Las palabras de la autora, marcadas por la preocupación por la injusticia y la suerte de los desheredados, por los derechos y las obligaciones del ser humano, la convierten en una referencia ineludible en nuestro presente. A juicio de Hannah Arendt, «quizá no sea exagerado decir que la obra de Simone Weil es la única en la vasta literatura sobre la cuestión del trabajo que trata el problema sin prejuicios ni sentimentalismo». «El único gran espíritu de nuestro tiempo», dijo de ella Albert Camus; «La conciencia más lúcida de nuestra época», según Giorgio Agamben.

En esta edición, ofrecemos al lector una nueva traducción de los textos de la autora. Las notas al pie, salvo allí donde se indica lo contrario, son del traductor.

SOBRE EL TRABAJO

EL CAPITAL Y EL OBRERO¹ (1932)

El artesano que posee sus propias herramientas, su propia materia prima, reina en su trabajo. Moldea la materia a su gusto, utilizando las herramientas como mejor sabe, según su criterio, gracias a la habilidad que es su virtud propia. Regula el ritmo de trabajo a su conveniencia. Como ser vivo y pensante, dispone con libertad de las cosas inertes sometidas a su acción. Su inteligencia domina la materia. Según Proudhon:

El genio del más simple artesano prevalece sobre los materiales que explota, tal como el espíritu de un Newton lo hace sobre las esferas inertes, de las que calcula su masa, su distancia y sus revoluciones.²

Este dominio, que constituye la felicidad y la dignidad del trabajador, se transforma paulatinamente en

1. Síntesis de un curso impartido en la Bolsa del Trabajo de Saint-Étienne. Vio la luz en *L'Effort*, n.º 298, 12 de marzo de 1932.

2. P.-J. Proudhon, *Qu'est-ce que la propriété? ou Recherche sur le principe du Droit et du Gouvernement*, 1840.

una completa esclavitud, a medida que la artesanía es sustituida por la manufactura realizada con ayuda de una máquina, y que esta manufactura es sustituida por la fábrica, es decir, a medida que se desarrolla el régimen capitalista. El capitalismo se define aparentemente por el hecho de que el obrero está sometido a un capital material compuesto de instrumentos y materias primas, que el capitalista no hace más que representar. El régimen capitalista consiste en que las relaciones entre el trabajador y los medios de trabajo se invierten: el trabajador, en lugar de dominarlos, es dominado por ellos.

La historia del capitalismo es la historia del desarrollo de la cooperación en el trabajo. Las condiciones materiales del capitalismo se hicieron realidad cuando se reunió en un gran local a un gran número de obreros con el encargo de transformar una materia que no les pertenecía. Los obreros se convirtieron entonces en asalariados; debían entregar al patrón una parte de sus productos, pero en el curso del trabajo seguían siendo semejantes a los artesanos independientes. De igual manera, en nuestros días, las relaciones entre el campo, el arado y el hombre son las mismas ya sea el arado conducido por el propietario o por un asalariado.

Pero los obreros reunidos en un mismo lugar no trabajaron independientemente los unos de los otros durante mucho tiempo. La agrupación de los trabajadores condujo casi de inmediato a la cooperación y, en consecuencia, a la división del trabajo. A partir de ese mo-

mento, el trabajador independiente no fue ya el obrero, sino el taller en su conjunto. El patrón debía asegurarse de la coordinación del trabajo y, por lo tanto, cada trabajador estaba sometido a su autoridad durante el transcurso de la jornada. Pero cada obrero seguía siendo hasta cierto punto independiente en la parte del trabajo colectivo que se le había encargado. Debía saber por sí mismo lo que tenía que hacer. Poseía, si no las herramientas, al menos el manejo de las mismas. Poseía su habilidad de buen obrero. Era un elemento activo del taller.

Pero el trabajo es tanto más productivo cuanto más dividido está. Así, la división del trabajo fue llevada poco a poco hasta su grado máximo, en el que cada trabajador solo tiene un gesto que realizar. A partir de ese momento, el gesto del obrero podía ser sustituido por un movimiento mecánico. Y fue entonces cuando se desarrolló el maquinismo. La máquina tiene con respecto al obrero fabril la superioridad de asegurar una coordinación mucho más precisa de las diversas partes del trabajo colectivo, ya que los engranajes ciegos son mucho más regulares en su funcionamiento que los cuerpos humanos. Una vez que la máquina ocupó el lugar de la simple coordinación de los trabajos, el obrero se vio privado no solo de las herramientas, sino también del manejo de las mismas: esta manipulación quedaba asegurada en adelante por la propia máquina. La inteligencia, la habilidad, todas las virtudes que hacen tan valioso al